

Necropolítica: genealogía de su problematización

Donovan Adrián Hernández Castellanos

Hay pocas categorías en la actualidad que tengan un estatuto tan paradójico como el de la necropolítica. Tan rápido aceptada como vilipendiada en el campo de los estudios sobre biopolítica, la noción se ha empleado tanto para el análisis del genocidio en contextos poscoloniales como para el estudio de formas de violencia extrema en las ciudades contemporáneas de América Latina y el Caribe. Así, por ejemplo, se puede ver su utilidad al aplicarse al análisis de la “guerra contra el narcotráfico” en el contexto mexicano, tal como hacen Sayak Valencia (2016) o Rossana Reguillo (2021), pero también se ha empleado para estudiar el feminicidio en México (Martínez de la Escalera, 2010), el juvenicidio en Brasil, o bien la política de exterminio practicada por las guerrillas y el Estado en Perú y Colombia en un pasado no muy lejano; de igual forma, habrá quienes sospechan de su utilidad para dar cuenta de la experiencia de la violencia política en las lejanas dictaduras del Cono Sur y aún en los estados autoritarios del Caribe.¹

Su versatilidad, así como la casi inabarcable literatura que ha hecho uso de esta categoría son muestra suficiente de que aún tenemos mucho que discutir en torno a esta polémica noción. Sobre todo, porque lo que ésta pone de manifiesto es la violencia en su forma más extrema y brutal: la disposición de todo un sistema de racionalidad enfocado al exterminio sistemático de seres humanos previamente definidos como lo Otro, el enemigo.

Ni los defensores ni los críticos de la noción de necropolítica, pese a todo, han agotado la disputa en torno a su vigencia, repercusiones y aplicabilidad para el estudio de la fenomenología de la violencia mortífera y su relación con la política contemporánea. A pesar de que hoy en día sería más fácil enfocar las formas de discriminación a partir de los discursos de odio y las políticas de la identidad posmoderna, tal parece que necesitamos volver a abrir el dossier de la necropolítica para analizar sus alcances en la reflexión del mundo global de hoy. Una buena oportunidad para ello, será comenzar a reflexionar sobre su vigencia desde

¹ Ver el interesante dossier que ha publicado el portal digital de INCUBADORA al respecto en: https://in-cubadora.com/2023/02/02/henry-eric-hernandez-quien-a-hierro-mata-a-hierro-muere-a-proposito-del-imaginario-necropolitico-cubano/?fbclid=IwAR2krt_0bqIs1zos-Sbfu6OImM9-FHpoEUMdwFc43Ht-Avnuw4cxzTGilyFis [Última consulta, el 8 de marzo de 2023].

una cartografía crítica situada en México y América Latina. Tal es la intención del presente número de Cognition. Revista de Política, Gobierno y Sociedad dedicado a explorar el campo problemático que esta noción ha establecido en los estudios de la violencia contemporánea. Pero, para comenzar, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de necropolítica? ¿Cómo podemos entender este peculiar neologismo y en qué contexto de discusiones tuvo lugar su enunciación? ¿Cuál es la genealogía de su problematización?

Se trata, como es bien sabido, de una noción acuñada por el politólogo camerunés Achille Mbembe quien, desplazándose de los estudios de la juventud en el África poscolonial, dirigió su mirada a la cuestión de la globalización del marcador racial. Entrenado en la aguda teoría descolonial de Frantz Fanon y abrevando del arsenal genealógico de Michel Foucault, Mbembe postuló en 2006, en una publicación aparecida en el número 21 de Raisons Politiques, que el racismo nos arroja una concepción de la política definida como el trabajo de la muerte.

Dicha definición, de cuño hegeliano, mostraría la faz más encarnizada del racismo al identificarlo como un fenómeno social que excede, de lejos, el cariz ideológico con el que los estudiosos solían clasificarlo: para Mbembe, el racismo no es un conjunto de ideas, sino un dispositivo que organiza relaciones de poder al interior de una peculiar economía política del exterminio. De este modo, si bien Foucault definía a la biopolítica como un control político de lo biológico en el ser humano –vale decir, como una administración de las poblaciones–, Mbembe mostrará que este control inscribe una cesura política entre los vivos y los muertos. “Este control –escribe el camerunés– presupone la distribución de la especie humana en diferentes grupos, la subdivisión de la población en subgrupos, y el establecimiento de una ruptura biológica entre unos y otros. Es aquello a lo que Foucault se refiere con un término aparentemente familiar: el racismo.” (Mbembe, 2011, p. 22) Así pues, este dispositivo de poder introduce una separación entre aquellos que han de vivir y aquellos que merecen morir.

Surgido de la larga noche de la experiencia colonial, Occidente –según muestra Mbembe– habrá de refinar el arte del exterminio, reforzando el poder soberano de disponer sobre la vida de las poblaciones en el orbe con la tecnología política de las plantaciones; sentando, con ello, la maquinaria y la ingeniería para el exterminio en masa de seres humanos por parte de los Estados modernos. Esta política, entendida como el trabajo de la muerte, muestra una fina e insospechada afinidad entre la racionalidad y la barbarie, la cual ha recorrido con sus tecnologías de la muerte del Caribe al África subsahariana; y, a partir de la “aventura colonial”, este dispositivo de poder se aplicaría tanto en el seno de Europa –a través de los Lager nazis– como en la Palestina actual, donde los bulldócer continúan demoliendo las precarias construcciones de los palestinos en los asentamientos de Gaza y Cisjordania, y donde las caterpillar, normalmente usadas en la industria de la construcción, destruyen los

*árboles de olivo en las nuevas incursiones coloniales.*² La virtud de la categoría postulada por Mbembe para el análisis de las formas de racionalidad empleadas en la destrucción sistemática de entornos y vidas, no sólo consistió en mostrar que, en efecto, existe una política de la muerte que establece una cesura entre quienes han de vivir y quienes deben morir; siempre siguiendo una lógica instalada en el corazón de las políticas de la enemistad (Mbembe, 2016).

Tal vez, la virtud más importante de la categoría consistió en vincular al estudio de las geografías de la violencia todo un refinado arsenal teórico que pasa por la relectura de Hegel en Francia; la cual, a través de Kojève, Bataille y Lacan vuelve a poner el acento en la dialéctica del Amo y el Siervo, esta vez instalada decisivamente en el centro de la política moderna de Occidente.

De este modo, junto con el redescubrimiento de la negatividad absoluta –la forma en la que Hegel define a la Muerte a partir del descubrimiento del cadáver en La fenomenología del espíritu– no sólo se comprende la rebelión de Antígona al interdicto del déspota Creonte, que impide enterrar los cuerpos de sus enemigos, sino que también descubrimos ese exceso inscrito en la propia lógica de la soberanía a la que Bataille (2007) se refiere en La parte maldita: la soberanía, lejos de ser el establecimiento del orden normativo y vigente para las ciudades, es un gasto excesivo de vidas, recursos y tiempo, una búsqueda imposible por restaurar la continuidad del ser allí donde la conciencia vive el desgarramiento de la discontinuidad y la finitud. Sólo es soberano quien es capaz de derrochar, de superar la necesidad y el trabajo; de instalarse, en suma, en el goce. De ahí que los más cercanos a la soberanía definitiva, en palabras de Bataille, sean los animales; pero a ellos les falta la consciencia de la discontinuidad del ser.

Al devolverle a la teoría social la herencia del hegelianismo negativo y maldito de la lectura francesa, Mbembe volvió a dotar de todo su poder a la categoría de soberanía para dar cuenta no sólo del establecimiento del orden social, sino del hecho de que la anomia parasita siempre, como un exceso sofocante, la lógica del Estado.

Al crear a su enemigo y postular su alteridad, la soberanía –además de instalar el estado de excepción (Ausnahmezustand)– también genera los espacios de la anomia y sus excesos. De ahí que la masacre sea un gesto soberano situado más allá de la función, la utilidad y la

² Las personas que lean el presente dossier pueden encontrar en el documental de Stefano Savona, *La familia Samuni* (2018) abundante material testimonial acerca de las agresiones padecidas por la población palestina en la franja de Gaza. Estas incursiones militares han constituido lo que Sari Hanafi (2005) define como *espaciocidio*.

economía pensada como esfera de circulación de los valores de cambio; es una economía, sí, pero una economía del gasto y el derroche soberanos.

A partir de esta decisiva formulación, que definió los derroteros de aquél artículo publicado con el título de Necropolitique, Achille Mbembe ha creado una poderosa categoría de análisis de las sociedades enfrentadas a la violencia poscolonial que, irónicamente, no volvió a ocupar un espacio relevante en su reflexión.

Al menos si nos atenemos a sus últimas publicaciones, lo que ocupa el trabajo de Mbembe no ha sido tanto la necropolítica como el devenir negro del mundo en la globalización contemporánea; una economía neoliberal que precariza sistemáticamente el trabajo para acrecentar la acumulación de capital. En esa trama, afirma Mbembe (2013, 2020), el negro ha sido la figura de subjetividad que antecede a la del trabajador precarizado, incluso en las metrópolis del mundo.

El teórico camerunés se refiere, por supuesto, a la palabra nègre que fue empleada en la jerga y los códigos coloniales para referirse a los esclavos transportados por los barcos que conforman la memoria oprobiosa del Atlántico negro (Gilroy, 1993). Para Mbembe, la figura del nègre es fundamental porque éstos fueron los primeros trabajadores sin derechos del mundo global, al mismo tiempo que sus cuerpos y mentes fueron concebidos como objetos, una suerte de moneda viviente que labró el camino para la precarización del trabajo inscrita en la lógica de la modernidad. En cierto modo, todos somos negros hoy.

Actualmente, según ha mostrado el pensador camerunés en distintas intervenciones públicas, lo que le ocupa ya no es más el problema de cómo pensar la política de la muerte, sino el de pensar una política de la vida y para la vida; lo que mueve su reflexión es la necesidad imperiosa, frente a los estragos del Antropoceno, de dar paso a una comunidad terrestre. Y en esa nueva travesía, la descripción sistemática de los dispositivos que han instalado a la masacre en el corazón de la modernidad eurocéntrica ya no forma parte de la prioridad temática del pensador camerunés.

No podríamos decir, empero, que este abandono de una categoría, por parte de su autor, haya cancelado o dejado de lado sus fructíferos empleos en el pensamiento latinoamericano que, al contrario, la han retomado para dar cuenta, de manera más profunda y con cierto grado de sistematicidad, de los estragos de la política entendida como el trabajo soberano de la muerte. Pues, por desgracia, esa es la tarea que debemos enfrentar.

Como muestra de ello, el presente dossier titulado Discutir la necropolítica: cartografías fundamentales para México y América Latina muestra la necesidad de ampliar las limitaciones conceptuales inscritas en la primera teoría seminal de la necropolítica, con el objetivo de ponerla a jugar en nuestros contextos de violencia extrema, exterminista y con sus proliferaciones en prácticamente todos los ámbitos de nuestra vida cotidiana.

Este dossier consta, así, de cuatro apartados, cada uno con textos capaces de conjurar y hacer estallar la importancia y los alcances teóricos de la ya clásica noción de la necropolítica de Achille Mbembe. Para abrir nuestra cartografía e introducirnos en el ámbito de estudios y problemáticas inscritas en el campo de los estudios biopolíticos, presentamos una pequeña -pero fulgurante- entrevista, con el historiador suizo del cuerpo, Philipp Sarasin, quien además de académico es también fotógrafo.

La entrevista, titulada “La envoltura de la ciudad: la biopolítica y el gobierno de la pandemia. Una entrevista con Philipp Sarasin” es una pieza que nos muestra las posibles aplicaciones de las categorías provenientes de los estudios biopolíticos para el análisis de la gubernamentalidad emanada de la pandemia global del Covid-19; situando, con toda contundencia, los aportes del presente dossier en el difícil contexto que enfrentamos con esta situación tan reciente.

Una experiencia que, me atrevo a decir, estamos lejos de haber asimilado a cabalidad. A través de los meandros de la historia, los saberes y las técnicas de gobierno inscritas en el cuerpo, Sarasin analiza los mecanismos de poder imperantes en la biopolítica contemporánea, tomando distancia de las metafísicas de la soberanía tan presentes en la filosofía de Giorgio Agamben, y enfocando la problemática con las herramientas de la historia y su trabajo visual y archivístico. Esta entrevista, señalamos de paso, abre el horizonte global de la discusión académica, así como la necesidad de volver a pensar a México en el contexto regional de América Latina.

En esa dirección, indefectiblemente, se mueve el artículo que da paso a la primera sección de nuestro dossier titulada Necropolítica, acumulación de capital y la producción de un orden, donde encontramos el relevante artículo de Timo Dorsch que lleva por título “Los vínculos de la violencia. Estado, política y economía” en el que, a partir de la categoría de Mbembe, se explora lo que el autor denomina como “soberanía híbrida”, compuesta por formas de dominación constituidas por actores mixtos (funcionarios públicos, crimen organizado, empresas, etc.). Dorsch analiza de qué manera la “soberanía híbrida” facilita la acumulación del capital, al explotar el trabajo enajenado en comunidades vulneradas por estos vínculos violentos y onerosos.

Frente a la hibridez de las formas de dominación practicadas por la necropolítica en México, Dorsch opone la lucha poscolonial distópica que representan diversas y diversos actores en el México contemporáneo que, lejos de supeditarse y subsumir sus necesidades a la lógica de descomposición social privativa de la necropolítica, se resisten, rebelan y enfrentan con imaginarios cargados de futuro a las formas de opresión contemporáneas. El enfoque de Dorsch, como queda claro, abreva de su experiencia como periodista y asistente de investigación en el Instituto de Geografía Humana de Frankfurt am Main.

Continuando con este tenor, pero enfocándose en otras dimensiones de la violencia necropolítica en México y el Caribe, la segunda sección del dossier se titula El cuerpo como territorio de guerra y está conformada por tres textos de gran potencia. Abre la sección el artículo de Gabriela Ocampo Castellanos titulado “Búsqueda de desaparecidos: trazo melancólico con sombra de revuelta” en donde la autora, con el expertise de su escucha clínica como psicoanalista que ha acompañado a madres buscadoras, estudia las repercusiones generadas por la violencia del Estado mexicano sobre la psique de familiares de detenidos-desaparecidos.

De acuerdo con Ocampo, las madres de hijos e hijas desaparecidas no sólo han generado importantes movimientos de búsqueda y han establecido al Estado como interlocutor de sus demandas de justicia, sino que también han convertido sus dolores en revuelta, en trazo melancólico que vincula, de una manera inesperada e intempestiva, la reflexión freudiana con la política en esa revuelta que ha sido la búsqueda, con vida o sin ella, de las personas desaparecidas en México.

Por otra parte, en su artículo titulado “Análisis e investigaciones académicas acerca de las desapariciones forzadas en México (2015-2021), Israel Nicasio Álvarez realiza una exploración sistemática de la bibliografía especializada de los últimos 8 años en el estudio de la desaparición forzada en México. Desde su punto de vista, empleando criterios metodológicos sumamente relevantes desde el campo de la historiografía, ha habido una evolución en el análisis del delito de desaparición forzada que parte, entre otras cosas, del reconocimiento de una dualidad discursiva que pasa por el eje del dualismo seguridad-violencia, con el que el Estado representa e invisibiliza estos delitos perpetrados por los mismos agentes de seguridad que integran las fuerzas policíacas del propio Estado. A juicio del autor, las investigaciones realizadas en los últimos 8 años arrojan nueva información que puede ser relevante para cambiar los paradigmas bajo los cuales se interpreta el delito estatal de desaparición forzada en el México contemporáneo.

Finalmente, para cerrar esta sección contamos con el texto de Celia González, artista visual y antropóloga social, quien reflexiona en “Amenaza mínima. Terror, esclavitud y cuerpos en el arte contemporáneo cubano” sobre la insospechada relación entre la necropolítica y el Estado cubano posrevolucionario. González teoriza esta relación a partir de dos procesos: la instalación Sala Discontinua del colectivo Celia-Yunior y Ricardo Miguel Hernández, por un lado, y la intervención Kermesse al Desengaño de Henry Eric Hernández, por el otro (de donde procede, por cierto, la portada de nuestro dossier). Ambas piezas procesuales reflexionan sobre la condición de los derechos humanos bajo formaciones estatales autoritarias, en el pasado y el presente; y muestran, además, la peculiar manera en que el marcador racial se instala en el corazón de las herencias poscoloniales de la esclavitud a partir de la experiencia extática de los montados en Cuba: personas que fungen como médiums de espectros del pasado, que retornan para reconfigurar su relación con los vivientes.

El formidable trabajo antropológico de González, así como la sutileza de su mirada que pasa rápidamente del ensayo familiar a la descripción densa, del análisis de las instalaciones artísticas a las conclusiones teóricas, le da a este ensayo –definitivamente interdisciplinario– un lugar entre los estudios del fetiche y las experiencias extáticas, en la mejor línea de la tradición inaugurada por Michael Taussig y Rita Laura Segato.

La tercera sección de este dossier –que muestra la diversidad de enfoques, abordajes y geografías de la necropolítica– lleva por título La política de dejar morir en tiempos de pandemia, y lo integra el ensayo de Bianey Gallegos Aguilar titulado “Necromedicina: El reflejo médico de la estructura necropolítica ante la pandemia; un análisis bioético” en el que la joven filósofa analiza la carga de valoraciones implicadas en el juicio que establece qué vidas deben ser procuradas médicamente y cuáles no pueden ser sujetas de atención clínica.

A juicio de la autora, esto equivale a posibilitar una estructura del acto de dar la muerte o dejar morir a unas personas antes que a otras; lo que es consistente con la descripción de Mbembe de la necropolítica como esa escisión entre quienes deben vivir y quienes deben morir.

Desde el punto de vista de Gallegos, la pandemia –en tanto que situación límite– es una experiencia que nos permite analizar cómo la falta de recursos en los hospitales, públicos o privados, nos lleva a acudir a un estado de sobrevivencia, en donde la eugenesia, la aporofobia y la distanasia, entre otros fenómenos constitutivos de la vida hospitalaria, se hacen manifiestas y develan una necropolítica que ordinariamente está encubierta en el campo médico. La propuesta de Gallegos es, por tanto, situar la práctica de este dispositivo en un ámbito de reflexiones bioéticas a la altura de las circunstancias.

Finalmente, la cuarta y última sección de nuestro dossier se titula La no resignación a una muerte inducida y cuenta con la participación de Andrea Serna Cano, joven filósofa y abogada colombiana, quien, a partir de la experiencia reciente de las movilizaciones sociales vividas en Colombia hacia 2019, escribe “Algunas notas para pensar la no resignación de una muerte políticamente inducida”.

En sus notas, la joven pensadora antioqueña nos ofrece una pintura de Ortiz, que nos muestra a las juventudes que integraban la primera línea; ese grupo de autodefensa de las marchas contemporáneas que, desde Chile hasta México, se han caracterizado tanto por su creciente imaginación para caracterizarse y ostentar una estética de la resistencia, como por su inapreciable solidaridad para encarar la represión estatal representada por las fuerzas policíacas y antimotines del orbe. A partir de la experiencia del Paro Nacional, surgido por la reforma tributaria del gobierno de Iván Duque, la sociedad colombiana fue galvanizada por una fundamental corriente de activismo que, claramente, no sólo se manifestaba contra una medida onerosa por parte de un gobierno conservador, sino que se manifestaba por la

vida contra una política de la muerte; inscribiendo las múltiples necesidades sociales en el marco de una creciente defensa del derecho a la paz.

A partir de un entrañable recuento de los sucesos que se enmarcaron en el Paro Nacional, Andrea Serna reflexiona sobre las estrategias de criminalización, las reacciones de la intelectualidad y las intervenciones públicas motivadas por una manifestación que, se podría decir, no ha tenido parangón en la Colombia reciente. Pero, al mismo tiempo, y con un ánimo crítico, Serna también reflexiona sobre las limitantes que los movimientos sociales contemporáneos han vivido en América Latina. Frente a este escenario, ¿qué estrategias alcanzarán y cuáles deben ser asumidas por las formas de resistencia actuales?

De este modo el dossier Discutir la necropolítica: cartografías fundamentales para México y América Latina nos muestra la amplitud temática que guarda para sí la categoría de necropolítica, postulada en Camerún por Achille Mbembe, y también muestra de qué modo, viajando por la globalización de la desigualdad y las masacres, nos ha permitido descifrar formas de violencia insospechadas en nuestras latitudes; así como maneras de resistirla y superarla.

No me queda sino agradecer a María José Morales Vargas por la oportunidad de participar en calidad de editor invitado para este dossier de la Revista Cognition, que ha sido fundamental y que nos ha permitido extender una amplia red de investigación y colaboración académica internacional.

Al vincular la temática a través de un complejo nudo geográfico, que va de Suiza a Alemania, de México a Cuba y Colombia, el carácter transnacional de la violencia política no sólo nos muestra la abrumadora opresión que los cuerpos racializados han padecido, marcados por violencias de todo tipo (capitalistas, patriarcales y racistas); sino que también nos ha mostrado las distintas estrategias que la imaginación sublevada es capaz de oponer a la ciega marcha del estado de cosas vigente en el mundo.

En ese tenor, los distintos textos que conforman este dossier son clara muestra de que las luchas sociales cuentan con una larga imaginación, que, esperamos, estará a la altura de los retos implicados en todo ejercicio de desmontar las herencias, los mecanismos y las estrategias de la soberanía y las políticas de la enemistad que conforman a la necropolítica.

Referencias bibliográficas

- Bataille, G. (2007). *La parte maldita*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Gilroy, P. (1993). *The Black Atlantic. Modernity and Double Consciousness*. Estados Unidos: Harvard University Press.
- Hanafi, S. (2005). "Le projet colonial iraélien: 'spatiocide' et 'biopolitique'" en Khader, B. (coord.), *Palestine: mémoire et perspectives*. París: Éditions Syllepse.

- Martínez de la Escalera, A. M. (coord.), (2010). *Feminicidio: actas de denuncia y controversia*. México: PUEG/ UNAM.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. España: Melusina [sic].
- _____. (2013). *Critique de la Raison Nègre*. París: La Découverte.
- _____. (2016). *Politiques de l'inimitié*. París: La Découverte.
- _____. (2020). *Brutalisme*. París: La Découverte.
- Reguillo, R. (2021). *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*. México: NED/ ITESO.
- Valencia, S. (2016). *Capitalismo gore. Control económico, violencia y narcopoder*. México: Paidós.